

el lecho mortuario, bajo el peso de un dolor enorme; la nodriza, deshecha en lágrimas; Adrián, con los ojos secos y brillantes, pálido, inmóvil, mudo, terrible, y el sacerdote, cruzado de brazos, con la cabeza caída sobre el pecho, murmurando piadosas oraciones.

Tal era el cuadro que el sol de aquella mañana sorprendió en el cuarto de Berta. Los pájaros del jardín llegaban hasta pararse en los hierros de la reja, pero no se atrevían á entrar; miraban inquietos, y huían despavoridos; piaban sobre las ramas de los árboles, y sus tristes gorjeos parecían gemidos.

Exhalando un suspiro, arrancado de lo más profundo del alma, Adrián Baker dijo con voz sorda:

—¡Infeliz de mí!... ¡Yo la he muerto!

—¡Ah! Sí (exclamó el sacerdote, moviendo lentamente la cabeza). ¡Justicia divina!... La duda mata.



EL NUMERO 13



EL NÚMERO 13.

I.

CONFESÉMOSLO ingenuamente: las glorias humanas no son muy duraderas; el tiempo implacable acaba al fin por disiparlas. Es cierto que todavía se pronuncia el nombre de Homero, el nombre de Alejandro, el nombre de Fidias; pero el recuerdo de estos nombres es el último reflejo de una luz que se apaga, de una gloria que se extingue.

La gran multitud del mundo ilustrado los pronuncia sin conocerlos, y me atrevo á decir que el nombre ha sobrevivido á la gloria. El literato, encerrado en su gabinete, podrá admirar el genio de Homero, leyendo los cantos de la *Iliada*, si, por un raro privilegio de sabiduría, posee

los secretos que encerraba la lengua griega en aquellos tiempos en que Homero cantaba la guerra de Troya. Algún guerrero de nuestros tiempos, empeñado en someter el mundo al imperio de su espada, podrá mirar con admiración envidiosa las rápidas campañas con que Alejandro conquistó el Asia, y, en fin, un artista instruido en la historia del arte, podrá buscar los rasgos del cincel de Fidias en los restos inmemoriales de alguna estatua mutilada.

Fuera de estas tres admiraciones, Fidias, Alejandro y Homero no son más que tres nombres. Si se refleja en ellos todavía algún resplandor de gloria, es una gloria aislada, una gloria, digámoslo así, privada, gloria sin popularidad, reducida á la admiración del literato, del conquistador y del artista.

Fidias, Homero, Alejandro.... Sí, señor, ¡qué grandes hombres!; pero la gran multitud que hoy llena la culta Europa y la civilizada América, no los conoce, no los comprende, no los admira; todo lo que hace es pronunciar sus nombres; y estos tres nombres, repetidos, vienen á ser como los ecos de tres glorias que se acaban.

En verdad, no vale la pena de maravillarse al mundo con prodigios de genio y de fortuna, para sobrevivir en la memoria de los hombres unos cuantos siglos; y es el caso que hasta ahora el

mundo no ha podido ofrecernos una inmortalidad más duradera.

Pero hay glorias no menos justas, y que son, sin embargo, mucho más fugitivas; glorias que pasan con la brevedad de la vida, que no dejan en pos de sí testimonio auténtico que las perpetúe.

Dentro de algunos años, ¿quién podrá decir que admira á Mario, que su voz lo conmueve, que su escuela de canto le entusiasma? El siglo que se nos viene encima, ¿podrá romperse las manos en los grandes teatros aplaudiendo á la Patti? La generación que está naciendo tendrá que tomar estas glorias bajo la simple autoridad de nuestra palabra.

La famosa Rachel, la gran trágica del Teatro Francés, tuvo la ocurrencia de morir, y todo acabó con ella. Durante su vida, la gloria que obtuvo no pudo ser más ruidosa; pero después, nada. Si nos ha quedado el recuerdo de su fama, no nos ha sido posible conseguir la admiración de los que pudieron verla y admirarla.

Alguna circunstancia particular de su muerte ha traído su nombre á mi memoria, y su nombre, ya casi olvidado, ha venido á recordarme la brevedad de las glorias humanas.

He aquí ahora cómo cuentan que ocurrió la muerte de esta actriz famosa.

Parece que se hallaba buena y sana, sin que

ningún síntoma de enfermedad anunciara alteración alguna en el estado de su salud; mas su espíritu no debía hallarse del mismo modo, pues aunque los espíritus no mueren, se sabe que enferman, y es el caso que el espíritu de la Rachel padecía la dolencia de una preocupación que se había apoderado de su pensamiento.

Su médico la visitaba con frecuencia, porque la salud de la gran actriz que hacía las delicias del público, no debía ser cosa indiferente al cuidado de la ciencia. Además, un médico no está dispensado de admirar la gloria del arte, y bien podía inspirarle interés aquella preciosa vida, en la cual resplandecía el genio.

Por otra parte, la Rachel y su médico eran antiguos amigos.

Ello es que al visitarla un día, la encontró algo distraída.

—¿En qué pensáis?—le preguntó, creyendo que iba á sorprenderla en un momento de inspiración trágica.

—Pienso (contestó ella tranquilamente) en una cosa muy triste.

—¡Muy triste!— exclamó el médico.

—¡Oh! Sí (replicó la reina de la tragedia); muy triste.

—No creo (observó el médico) que os podáis quejar de la ingratitud del público.

—No, ciertamente (dijo la Rachel). El públi-

co no me abandona todavía: aún puedo contar con su entusiasmo; soy yo la que voy á abandonarlo.

—¡Cómo, señora! ¿Pensáis abandonar la escena? ¡Oh! Eso es imposible.

—No es imposible, amigo mío; decid más bien que es necesario..., que es inevitable.

El médico se encogió de hombros con manifiesta incredulidad, y ella, como si quisiera cambiar de conversación, le preguntó sencillamente:

—¿Os acordáis de la comida á que asistimos en casa de Víctor Hugo para celebrar el éxito del *Angelo*?

—Sí, me acuerdo.

—Recordadlo bien; éramos trece.

—¡Trece! (exclamó el médico.) Bien; es posible.

—Contad.

—Veamos.

—Víctor Hugo y su mujer.

—Dos.

—Vos y la vuestra.

—Cuatro.

—Mi hermana Rebeca y yo.

—Seis.

—Girandin y su mujer.

—Ocho.

—Pradier el escultor.

saberlo, los tres encantos de la conversación: discreción, amenidad y gracia.

La amistad con un sabio debe ser muy instructiva; pero ha de fatigarse mucho el entendimiento que se vea obligado en sus horas de ocio á pasearse, digámoslo así, por las arideces de la ciencia. No ha de ser divertido eso de encontrarse á cada paso un problema, á la vuelta de cada esquina un fenómeno, y á cada palabra un término técnico de los innumerables que forman el lenguaje científico; esto es, ese lenguaje rígido, sin color y sin perfume, que todo lo disecca, lo despoetiza y lo desflora. Si, á mayor abundamiento, el sabio pica en filósofo, entonces decididamente su amistad es insoportable. Á mí los filósofos me revientan.

Pues si buscáis la intimidad de un hombre político, es seguro que os será útil, pero en cambio tendréis que sujetaros á un régimen inalterable de cábalas, de intrigas, de manejos y conciliábulos, capaces de dar al traste con la paciencia de un mártir y la virtud de un santo. Eso de almorzar crisis, comer consejos de ministros y cenar últimas horas, por pura amistad, más que un recreo, es un suplicio; son tres platos demasiado fuertes para un estómago modestamente satisfecho.

Pero bien, fuera de la ciencia y de la política, podemos encontrar un amigo que nos tienda su

mano y nos abra los tesoros de su conversación. —Aquí está: es activo, locuaz, movable; ¡friolera! Es un hombre de negocios. Vais á saber lo que hay de más importante en el mundo: lo que hubo en la subasta del tabaco, lo que puede haber en el arrendamiento de la sal; por qué han subido las Bolsas de Europa, por qué baja el oro en América; qué especulación es la que está más en boga, qué jugada de Bolsa es la más segura. Os contará, como si los tuviese en la mano, los millones que forman el *activo* de unos, y los millones que forman el *pasivo* de otros; os anunciará empresas, ganancias, quiebras y liquidaciones, y os hablará de todo esto como un libro. Muy bien; pero ¿tenéis fuerza para resistir el peso de tan monstruoso balance? No sabe hablar de otra cosa, y he ahí un amigo que se os hará irresistible. Sí, os meterá sus ganancias por los ojos, pero sin soltarlas de las manos.

Y no le demos vueltas; en el mundo moderno no hay más que tres clases de hombres: filósofos, políticos y banqueros. Hay, pues, que buscar los encantos de la amistad y los agrados de la conversación en una mujer con talento y sin pretensiones de juventud, sabia sin saberlo.

Amigas así, son un feliz hallazgo, porque no se encuentran fácilmente; es verdad que tampoco se buscan. Yo puedo asegurar que en el curso de mi vida, que ya no es corta, sólo he

encontrado una. Señora excelente, que unía á las bellas prendas de su corazón, un talento que bien pudieran envidiar muchos hombres que pasan entre nosotros por inteligencias superiores.

Llevaba el título de condesa con sencilla naturalidad, porque la nobleza de sus pensamientos le era tan propia, que puede decirse que todo era en ella verdaderamente aristocrático: el fondo de su carácter era la benevolencia; el fondo de sus sentimientos, la generosidad. Sabía apartar de su trato esa frialdad ceremoniosa que hiela la sangre en la vida del gran mundo, y á su alrededor se respiraba franqueza, cordialidad, confianza. No temo que el lector descubra el original del retrato que bosquejo, porque en el mundo lo bueno se conoce muy poco.

Recibía esta señora en su casa á sus más íntimos amigos, esto es, á los amigos de su particular preferencia, con aquella jovialidad y aquel agrado que hace tan amable el trato de las personas realmente distinguidas. La conversación era siempre viva, animada, algunas veces erudita, y no pocas profunda. Se hablaba de todo con espontaneidad, con abandono, con originalidad y con ingenio, pero siempre con juicio.

Su mesa, delicada, rica y sana, era casi tan agradable como su trato.

Al sentarnos una vez á la mesa, se observó

que sobraba un cubierto; esto dió ocasión á que nos contáramos, y éramos trece. Debíamos ser catorce; pero faltaba uno.

—¡Trece!... (exclamaron algunas voces.)
¡Número fatal!

—¡Fatalísimo! (añadió una señorita, contando de nuevo el número de los circunstantes.) Y, no hay duda: somos trece. ¡Esto es terrible!

—Señora (le replicaron los incrédulos): estamos al borde de una catástrofe.

—No se burlen Vds. (dijo); hay casos, casos desastrosos. Hablo formalmente, y puedo citar desgracias ocasionadas por la fatalidad de ese número. En el colegio comimos una vez trece, y antes de cumplirse el año, murió una de mis compañeras, que estaba ya para salir de él.

—Cualquiera (advertí yo) puede morir después de comer, y mucho más si tiene un año delante para coger una pulmonía, un tífus, ó cualquiera de las enfermedades que matan.

—Se equivoca V. (me contestó). Los médicos no supieron decir claramente de qué enfermedad murió mi compañera de colegio. Desde entonces le tengo horror al número trece. En París, no se ponen nunca trece cubiertos en la mesa.

Nada había que replicar á estas razones, y, sobre todo, á la sinceridad de su terror.

Unos se sentaron y otros permanecieron de pie, temerosos de dar ocasión á una catástrofe,

y, sea como quiera, empezaba á sentirse la influencia cabalística del número trece. El miedo es contagioso; y aunque la mayor parte de los convidados se sonreían, burlándose de la preocupación, allá en el fondo de su pensamiento experimentaban algo de ella.

Hubo un momento de vacilación: éramos trece, y no había medio de suprimir ninguno; si el que faltaba hubiera aparecido, todo estaba salvado; pero sentarse á la mesa los trece, digámoslo así, solos, era provocar la fatalidad de ese número funesto.

No quiero decir que nos halláramos aterrados, pero sí nos sentíamos indecisos.

La Condesa dejó ver su habitual sonrisa, diciendo:

—No debemos jugar con estas cosas, ni tampoco me parece justo que dejemos de comer porque al número trece se le antoje ejercer una influencia tan funesta. Tomemos un partido que allane las dos dificultades que se nos presentan. Uno de Vds. es preciso que se resigne á comer en una mesa aparte, y así comeremos todos tranquilamente.

En efecto: se colocó una mesa pequeña en un ángulo del comedor, y uno de los convidados comió en ella.

Disipado el terror del caso, la comida fué, como todas, alegre, animada y risueña, y el número

trece fué el asunto continuo de la conversación.

El sencillo recurso de la Condesa había alejado la posibilidad de toda catástrofe, y, como ella misma decía, nos había asegurado la vida un año por lo menos.

III.

Claro está que yo era uno de los incrédulos, y que habría desafiado las iras del número trece, con la mayor tranquilidad del mundo; mas me pareció que la Condesa participaba algo de aquella preocupación, y quise saberlo.

Busqué una ocasión, y le pregunté:

—¿Cree V., señora, que el número trece sea un número funesto?

—Sin duda (me contestó), puesto que ha visto V. el terror que ha suscitado.

—Es decir (insistí), que no se determinaría V. á comer en una mesa donde, contando con V., hubiese trece.

—Teniendo buen apetito, puedo asegurar que comería perfectamente.

La contradicción que notaba en sus respuestas, me hizo presumir que se burlaba de mis preguntas, y parecía complacerse en aumentar mis dudas. Estaba yo acostumbrado á los capri-

chos de su talento, y no me sorprendía que quisiera mortificar mi curiosidad, y me incliné, diciéndole:

—Si lo que V. piensa acerca del influjo aritmético de ese número, es un misterio, no haré más esfuerzos por penetrarlo.

Con la mayor naturalidad me contestó, diciendo:

—Bien pudiera yo creer que el número trece fuera un número fantástico, un número cabalístico, que anunciara catástrofes. Soy generosa, y le perdono á V. esa suposición. Pero creer que esa mortal influencia ha de ejercerla precisamente cuando se come, cuando se reúnen trece alrededor de una mesa para hacer por la vida, me parece bastante ridículo. ¿Qué misterio puede haber en esto?

—¿Es decir, que V. se ríe de esa preocupación?

—No me río, añadió; pero no participo de ella, porque, en fin, ¿qué es preocupación? Lo que no es razonable; y nada me parece tan ciego, tan absurdo ni tan monstruoso, como la fatalidad. V. sabe que yo creo sencillamente en la Providencia.

—Entonces (le repliqué), ha incurrido V. en una debilidad haciendo separar á un convidado de la mesa, para detener el rigor implacable de ese número tenebroso....; parecía que rendía V.

un homenaje de respeto al sombrío numen del número trece.

—Y bien (me dijo con sonrisa burlona): ¿cómo se explica V. eso?

—No acierto á explicármelo, —le contesté.

—Vamos; esta noche no es V. un prodigio de perspicacia. Yo, vuelvo á repetirlo, no creo en semejante tontería, por más que esté muy admitida entre la gente culta; pero eso no me autoriza á martirizar á las personas que tienen la bondad de venir á acompañarme. Herminia se veía muy contrariada; no es ella sola la que hubiera abrigado temores y sobresaltos, y la comida habría sido triste, desanimada, macilenta, y entonces sí que podíamos decir que el número trece había ejercido sobre nosotros su influencia desastrosa, cuando era tan fácil inutilizar el influjo de ese número diabólico.

—Es verdad, señora; pero al fin resulta que hemos convenido en que, en efecto, el número trece es una verdadera diablura, y esta vez hemos sido sus cómplices.

—Así parece (me dijo); mas de otro modo nos exponíamos á correr el peligro de una grave contingencia.

—¿Cuál? —pregunté.

—Una muy posible.

—Posible....

—Más aún; muy probable.

—No veo esa probable contingencia.

—Probable es poco; debo añadir casi segura.

—Perdone V., Condesa; pero.... esta noche estoy ciego.

—No es extraño (me contestó con afectuosa indulgencia). Cuando somos felices, no vemos las desgracias; y cuando nos encontramos llenos de vida, no tenemos ojos para mirar la muerte.

—¡Me asusta V., señora! (exclamé.) ¡Qué desgracia nos amenaza! ¡Qué muerte se nos anuncia!

—No lo sé (se apresuró á decirme); mas convendrá V. conmigo que, sea el que quiera el trabajo que nos cueste vivir, nos morimos muy fácilmente, y no me negará V. que las desgracias y los desastres son las cosas más naturales del mundo, sobre todo en nuestro siglo.

—Ciertamente.

—Pues bien: somos trece...., tenemos un año delante, y ¡quién sabe los que de nosotros podremos reunirnos el año que viene! ¡Cuántas desgracias pueden ocurrirnos en el transcurso de un año! Yo no me atrevo á señalar una víctima entre los que aquí nos hemos reunido esta noche; mas si hubiera una, yo, por ejemplo, Herminia diría: «¡Éramos trece! Los trece comimos alrededor de la misma mesa! Y he aquí

otro caso auténtico, incontestable....» Y vea V. qué injusticia: á mí misma se me culparía de mi muerte; á mí, que no pienso morirme hasta que me sea indispensable dejar esta triste vida. ¿No le parece á V. grave el caso que le presento?

—Sin duda, y nada tengo que replicarle. Y en verdad que no hubiera adivinado que abrigaba V. tan tristes pensamientos.

—Tristes, no (me dijo, con bondadosa sonrisa); la tristeza es una enfermedad del espíritu y la alegría es la salud del alma. Ea: no hablemos más del número trece.

Esta conversación me dejó pensativo, porque ese número fatal se había apoderado de mi imaginación, y no me dejaba un momento de reposo. Tomé parte en las diversas conversaciones que se suscitaron, y no sé por qué raros caminos venía mi pensamiento á parar siempre en el número trece.

Por una terquedad, de que yo mismo me reía, estaba empeñado en explicarme por qué tantas gentes cultas, sensatas é ilustradas, rinden culto á una preocupación tan ridícula; y queriendo penetrar en este misterio de la naturaleza humana, no advertía que la fatalidad del número trece empezaba á ser en mí una preocupación más risible todavía.

Á la hora de costumbre empezamos á despe-

dirnos: yo me adelanté; y, tomando mi abrigo, me eché á la calle. Quería estar solo.

Antes de llegar á la primera esquina, oí detrás de mí pasos precipitados y una voz que pronunciaba mi nombre: era una voz amiga, y me detuve.

Al llegar á mí, el que me llamaba se quejó amargamente, diciendo:

—¡Demonio! Lleva V. una prisa inaudita; siempre nos vamos juntos, porque llevamos el mismo camino, y esta noche me iba V. á dejar solo como un hongo.

—Salí distraído (le contesté); y no había reparado....

Esto no era precisamente una excusa: era también la realidad de lo que me sucedía.

Mi amigo se dió por satisfecho, y, movido por su habitual locuacidad, varió la conversación, exclamando:

—¡Se pasa muy agradablemente el rato en esta casa! La Condesa posee el privilegio de animarlo todo. Y esta noche ha sido una de las noches más agradables. Y ya vió V.; la cosa empezó bajo malos auspicios. ¡Friolera!.... ¡Éramos trece! Pero, ¡ya se ve!; la Condesa tiene recursos para los casos más difíciles, y resolvió la dificultad con la mayor sencillez del mundo.

—Cierto,—añadí yo.

—¿Y sabe V. (dijo, parándose), que eso del

número trece es una cosa que no se debe tomar enteramente á risa?

—¿Lo cree V. así?—le pregunté.

—¡Psch! (me contestó): no lo sé de cierto todavía, porque pienso poco en ello; pero yo le contaré á V. una historia bastante original, que merece contarse.

Y sin dejarme meter baza, me contó una historia que acabó de embargar mi ánimo, y que me tuvo sin dormir toda la noche.

IV.

La historia que me contó es la siguiente, y al relatarla yo, sólo me permito una ligera variación: la de los nombres.

Simón Campollano nació el 13 de Diciembre de 1813. Tuvo doce hermanos, y Simón, que fué el último, vino al mundo á completar el número trece; y uno hoy y otro mañana, fueron sucesivamente muriendo todos, combinándose la cosa de modo que, al cumplir Simón los trece años, perdió á su último hermano.

Cuando tuvo edad para darse cuenta de estos pormenores aritméticos de su vida y de su familia, concibió hacia el número trece un horror invencible; pero las impresiones de la primera

juventud son pasajeras, y luego á luego olvidó el influjo numérico que parecía presidir á su destino.

Dejóronle sus padres pocos bienes de fortuna, y decidió abandonar el pueblo en que había nacido, para buscar en Madrid mayor espacio á sus esperanzas, porque sentía cierto vago deseo de ser algo en el mundo. Su educación había sido bastante mediana; sabía lo absolutamente indispensable para no ignorarlo todo, lo cual no impedía que poseyese una persona bastante agradable; pues, sin ser enteramente un buen mozo, no le faltaban encantos para hacer camino en la corte, animada á la sazón por el último matrimonio de Fernando VII, que, dicho sea de paso, abrió para España la dichosa era que vamos atravesando.

Contaba, además del mérito de la persona, con la viveza de su carácter, con cierto aturdimiento natural, que lo hacía decididor y comunicativo, y, sobre todo, con esa audacia á que suele ayudar la fortuna; y contaba, en fin, con su propósito de hacerse hombre importante, cosa que le parecía tan fácil como llegar y besarla durmiendo, porque su imaginación, demasiado complaciente, todo se lo facilitaba. ¡Ya se ve! ¡tenía veintiseis años!

Llenos los ojos de la más risueña perspectiva, le volvió la espalda al pueblo en que había nacido, y tomó el camino de la corte, dejándose

detrás un cementerio de hermanos, con el aire triunfante del que va á tiro hecho.

Una vez en Madrid, y con algún dinero á mano, pronto adquirió amigos y comenzó la nueva vida, encontrándose en ella como el pez en el agua. Nada le causó admiración ni sorpresa; antes bien Madrid le pareció pequeño, mezquino, pobre, insignificante: tal era el vuelo que habían tomado sus ilusiones.

No tardó mucho tiempo en adquirir esa instrucción superficial que se adquiere en las grandes poblaciones, sin más estudio que el trabajo de hacer la vida de los teatros, de los cafés y de los sitios públicos más concurridos; y como no le faltaba cierta discreción, hacía del caudal de sus conocimientos un uso muy ventajoso, y llegó á pasar por joven de esperanzas.

Tres caminos le abría la fortuna para que fuese en busca de sus favores: las letras, la política y el comercio. Para las letras le pareció algo tarde; se sentía más apto para la política que empezaba á removerse, y, digámoslo así, á desperezarse; y en cuanto al comercio, por una parte carecía de capital, y por otra no se acomodaban ni su impaciencia ni su importancia á comenzar de simple *bottera*.

De todas sus observaciones acerca de lo que más le convenía, sacó en globo esta consecuencia:

«No hay nada en el mundo como ser rico.»
Y decidió serlo.

Ideó muchos planes, y cuando ya creía vencidas las dificultades de más bulto, adiós proyecto; todo fracasaba, y el edificio se venía abajo como un castillo de naipes. Á un plan desechado sucedía otro plan concebido, y, uno tras otro, fué agotando el repertorio de sus recursos.

—No es posible (decía) que mi buena estrella se haya eclipsado antes de empezar á lucir.

Y volvía de nuevo á probar fortuna; pero la fortuna se resistía á sus tentativas, y estos desaires de la suerte lo traían triste, meditabundo y sombrío. Algún hado adverso parecía complacerse en burlar sus mejores proyectos. ¿Qué mano infausta era la que se entretenía en destruir todos sus planes? He ahí lo que se preguntaba, lleno de mortales angustias.

Dando vueltas á este pensamiento, surgió de improviso en su cabeza una idea repentina, y, como el que ha dado en el *quid* de la dificultad, se plantó una soberbia palmada en la frente, y en el acto dispuso mudarse de casa.

Hasta entonces no había caído en la cuenta de que la casa en que vivía, estaba marcada con el número trece, y sintió resucitar en su alma todo el horror que esa cifra funesta le había inspirado antes. Aquel número era su enemigo

implacable, su hado adverso, la fatalidad de su vida, y, trémulo á la vez de ira y de espanto, se propuso luchar con esta sombra lúgubre de su destino.

Esta vez, el número trece se grabó más profundamente en su memoria, y, para hacerlo más odioso á sus propios ojos, lo declaró causa única de todos los desastres de la tierra; no había calamidad en la cual no viera, ya de un modo, ya de otro, la mano invisible, la influencia maléfica del número trece.

Abandonó, pues, la casa en que vivía, y se instaló en otra más favorable á sus proyectos; pero quiso probar si este recurso era bastante para ponerse á cubierto de su fatal influjo, y tratándose de un número, quiso apelar al oráculo de los números; y, como el que arroja el guante á su más mortal enemigo, jugó á la lotería, combinando un número en el que no entraba ni el tres ni el uno.

Guardó el billete en el fondo de su cartera, y esperó el día del sorteo con la misma ansiedad que si hubiera sido el momento tremendo en que iba á decidirse su vida ó su muerte.

Llegó por fin ese instante supremo, y las palpitaciones de su corazón y los estremecimientos de sus nervios descubrían la horrorosa inquietud que lo devoraba. Mas la suerte le fué esta vez favorable, y, trémulo como un azogado y pálido

como un muerto, vió que el número de su billete había obtenido un premio.

No era un premio capaz de llenar su gaveta, ya demasiado vacía; pero el número trece estaba vencido, y Simón Campollano respiró con aire triunfante, como si de una sola bocanada hubiera querido agitar todo el aire de la atmósfera. Contaba y recontaba aquel dinero precioso, y, semejante al vencedor de un terrible adversario, hacía sonar los pesos duros sobre la mesa, ni más ni menos que si quisiera estremecer al mundo con el estrépito de las armas conquistadas.

Pero bien; aquella prueba vencedora no le pareció suficiente; debía remachar el clavo de su fortuna, aprovechando los favores de la victoria. Urgía anonadar al enemigo sobre el campo de batalla, sin dejarle tiempo para rehacerse.

No vaciló ni un instante, y volvió á jugar á la lotería. Tomó el billete que le dieron, y sin ver el número que contenía, lo guardó en su cartera y esperó el sorteo, diciendo, como el romano de la antigüedad:

—La suerte está echada.

Habló por fin el oráculo de la suerte, y, sin poder contener el temblor de sus manos, consultó los designios de la fortuna.

Fijó primero la mirada ansiosa en el número

de su billete, y clavóla después con doble ansia en el número premiado, y su rostro se cubrió de mortal palidez: una nube pasó por delante de sus ojos.

Había jugado el número doce, y había obtenido el premio mayor de aquella jugada el número trece.

Temblaba de pies á cabeza: el número fatal surgía del fondo de su imaginación turbada, repitiendo siempre por todos los rincones de su pensamiento la tremenda palabra:

«Trece, trece, trece.»

V.

El cruel desengaño que acababa de experimentar, aniquiló las fuerzas de su voluntad; bajó la cabeza ante la dura ley de su destino, y se cruzó de brazos, cayendo en un profundo desaliento. No se atrevía á hacer nuevas tentativas, porque el número trece con saña rencorosa se le aparecía por todas partes como un espectro, burlándose de sus esperanzas y cerrándole el paso; lo perseguía dormido y despierto, y aquella visión horrenda había llegado á ser la sombra de su pensamiento: el horizonte se le presentaba desierto y obscuro.

Sus amigos le veían taciturno y triste¹, reservado y distraído, y observaban que algunas veces hablaba solo, sin atinar qué mala hierba sería la que habría pisado.

Mas, por lo visto, no era tan fiero el león como él mismo se lo pintaba. Por densa que fuera la nube que obscurecía su frente, ¿no había de haber un rayo de sol que viniera á iluminar sus ojos? El número trece no había de tener perpetuamente nublado el cielo de su vida. En la juventud siempre hay alguna claridad más ó menos lejana, que disipe las sombras fantásticas con que la imaginación suele sorprendernos y aterrarnos.

Y algo de esto debía verificarse en el ánimo de nuestro héroe; algo había visto que empezaba á colorear las obscuridades de su pensamiento, como los primeros albores de un día que amanece, porque se iba suavizando la dureza de su entrecejo y del fruncimiento de su boca, y la sonrisa solía aparecer en sus labios, de la misma manera que aparece el arco iris después de las tempestades.

¿Qué había visto?

Poca cosa: unos ojos negros, llenos de vida, atrevidos y burlones, capaces de alegrar á la tristeza misma; una boca fresca y risueña, llena de carcajadas, muy capaz de reirse hasta de un entierro; dos mejillas como dos rosas, y un talle suelto y ligero como un junco.

Había visto á la alegría en persona.

Y el caso es que la había visto ya muchas veces, y hasta entonces no había reparado en ella. Era una amiga á quien visitaba con frecuencia, y cuyas agudezas solía celebrar muchas veces. ¡Ya se ve! Esta muchacha, fresca como una primavera y alegre como unas castañuelas, tenía el diablo en el cuerpo.

Simón Campollano, en medio de su tristeza, se hizo observador y reflexivo, y no se escapó á su penetración que aquellos ojos revoltosos lo miraban con dulzura, y que aquella boca subversiva le sonreía de la manera más pícará del mundo, y, quieras que no quieras, se fué aficionando á la dulzura de aquellas miradas y á la picardía de aquellas sonrisas.

Así es que empezó á animarse como una luz moribunda á la cual se le echa aceite. La imagen de una bella realidad consiguió arrinconar por segunda vez en su memoria la imágen fantástica del número trece.

Ya era otro hombre; vislumbraba algún horizonte, y, poco á poco, se iban abriendo ante sus ojos halagüeñas perspectivas. Echaba sus cuentas, y decía:

«Sí, señor; mírese como se quiera, Mariana es un tesoro: juventud, talento, belleza y alegría; familia casi ilustre, y un tío en América; tío solterón, millonario, que, cansado de las

delicias del Nuevo Mundo, está realizando su capital, duro sobre duro, para venir á morir en su patria y en los brazos de su familia. Mariana está llamada á ser una rica heredera; miel sobre hojuelas.»

Y sumando todas estas felices circunstancias, se restregaba las manos con la satisfacción del hombre que ha encontrado el camino, y que sabe muy bien dónde le aprieta el zapato.

«Perfectamente, añadía guiñándose el ojo: buena casa, buena mesa, coche, viajes de recreo, y una mujer, cerca de la cual no hay penas, no es un prodigio de la fortuna, ni un escándalo de la suerte; pero, vamos, se puede ir viviendo; y, al fin, yo no soy ambicioso; me contento con poco.»

Hecha así la cuenta, empezó resueltamente á suspirar por Mariana, con tanta suerte, que á Mariana se le reían los huesos cada vez que Simón suspiraba, y á sus solas se desternillaba de risa pensando que Simón se derretía por ella.

Ellos eran felices.

Ningún obstáculo se oponía al afecto que mutuamente se profesaban, y dejaban pasar los días, saboreando las dulzuras de sus tiernas intimidades. Estando tan cerca la llegada del tío millonario, que volvía de América, Simón se consideraba obligado á esperar su arribo, obtener su consentimiento y tratar formalmente la boda,

porque al fin aquel tío millonario era el jefe de la familia.

Mariana, como de todo, se reía también de la formalidad con que Simón exponía la conveniencia de guardar tan justos miramientos, porque nada despierta tanto la hilaridad de los caracteres alegres como la escrupulosa gravedad de los caracteres que quieren pasar por serios.

—Muy bien (le decía). Eso es muy atento y muy diplomático; pero mi tío va á sorprenderse de que le pidas una mano que no es suya.

—Tú eres una loca (le replicaba Simón), que te casarías tan fresca sin contar con tu tío; mas yo no tengo con él bastante confianza para tratarlo con esa familiaridad. Tú, al fin, ya eres su sobrina, y por eso no dejarías de serlo; pero yo no puedo..., no debo meterme así, de buenas á primeras, á ser su sobrino, sin contar antes con su consentimiento.

—Bueno (advertía Mariana, con la boca llena de risa): no tengo nada que oponer á eso, y sólo quiero hacerte una pregunta: ¿si mi tío te negara su consentimiento, renunciarías por eso á ser su sobrino?

La primera vez que Mariana le hizo esta observación, Simón se quedó perplejo, arrugó ligeramente el entrecejo, y se mordió los labios.

—¿Temes (le preguntó á su vez) que se oponga á nuestra dicha?

—No (le contestó); no lo temo.

La vuelta del tío millonario era el plazo señalado y convenido, y, en honor de la verdad, los dos lo esperaban con la misma impaciencia. Y no podía tardar, porque el buque que lo conducía hacía ya más de un mes que debió salir de la Isla de Cuba.

La víspera del día en que, según todos sus cálculos, debía llegar, fué Simón á casa de Mariana, y desde que entró, advirtió cierto movimiento en la familia, y un vago temor se apoderó de su ánimo; pero las carcajadas de Mariana le dieron á entender que nada había turbado la habitual alegría de la casa.

— ¡Carta! ¡carta!—dijo Mariana al verlo.

Y, levantándose, le puso una carta en la mano.

Simón la abrió, y leyó lo siguiente:

«Mi querida hermana: Me apresuro á escribirte, porque las malas noticias corren mucho, y deseo tranquilizarte. Hemos naufragado delante del Pico de Tenerife, y nuestro barco se lo ha tragado la mar con todo el cargamento. Milagrosamente nos hemos salvado, no todos, pues algunos han perecido entre las olas. Todo mi capital, que venía conmigo, ha desaparecido en el naufragio. No lo siento por mí; lo siento por tu hija, pues eran unos cuantos millones que tenía

destinados á su dote. Paciencia: Dios da los bienes, y los quita. Sé que os consolará de esta pérdida, el gozo de saber que se ha salvado mi vida. Con lo poco que me queda, podremos vivir. Ahora sólo desea abrazaros pronto...., tu hermano....»

Simón leyó el contenido de esta carta, con voz cada vez más trémula; mas al encontrar al pie, y debajo de la firma, la fecha en que estaba escrita, se cubrió su rostro de una palidez horrosa; no pudo ocultar que temblaba, y tuvo que sentarse.

Mariana estuvo á punto de echarse á reir; pero la risa se heló en sus labios, porque Simón parecía un cadáver.

La fecha de la carta era ésta:

«Santander 13 de Noviembre.»

VI.

Otra vez el número trece se presentaba á sus ojos con rencor implacable. Salía de las profundidades del abismo, en el momento más inesperado, para arrancarle de las manos el bienestar que le ofrecía la dote de Mariana y la felicidad que le ofrecía Mariana misma.

¡Unos cuantos millones á punto de caer por